

## [CARTA A DEMETRIADEM.]

AUTORIDADES DE LOS OBISPOS DE LA SEDE APOSTÓLICA ANTERIORES.  
SOBRE LA GRACIA DE DIOS.

Quesnellus adjudicó este librito a San León; sin embargo, otros autores, con más acierto, han querido atribuirlo a Próspero de Aquitania. Acogiendo esta opinión, hemos incluido varias autoridades en las que nos basamos en el tomo LI de nuestras Obras de Próspero. Véase además la tercera disertación de Quesnellus y las observaciones de los Ballerini sobre ella.  
EDIT.

CARTA A LA SAGRADA VIRGEN DEMETRIADE, O TRATADO SOBRE LA HUMILDAD, Que QUESNELLUS atribuye a LEÓN MAGNO. (C,G,S)

ARGUMENTO.

Con grandes alabanzas se encomia la verdadera humildad y se describe la soberbia contraria con sus propios colores; luego se exhorta a la virgen consagrada a Cristo a que evite la altivez y se proteja con el escudo de la sincera humildad.

CAP. I. La nobleza y virtud de Demetriade.--- Cuando comprendes piadosa y sabiamente que el sublime propósito de tu santidad resplandece sobre el fundamento de la humildad, hasta este punto, oh sagrada Virgen Demetriade, inclinas la dignidad de tu dignación, que exiges que tus progresos sean ayudados incluso por mi estilo. Lo cual, considerando la limitación de mis facultades, rechazaría de todas las maneras, y no me atrevería a ofrecer mis exhortaciones a un ánimo tan maduro y erudito, si no concibiera la confianza de realizar lo que se me ordena por quien lo ordena, y confiara en que por tus méritos y oraciones se me concederá que brote agua en el desierto (Sal. 106, 33); y que se conviertan en ríos en tierra seca (Sal. 104, 41; Isaías 43, 19). Por lo tanto, debes colaborar conmigo, para que quien otorga sabiduría a los pequeños y hace elocuentes las lenguas de los mudos (Sab. 10, 21), ordene que de la aridez de mi corazón fluya lo que tu sed pueda dignamente beber. ¿Qué materia, pues, se dará al estilo, y de dónde se tomará el motivo para hablar contigo? Si me propongo escribir tus alabanzas y desarrollar la serie de tus mayores, que por ti se ve mucho ilustrada, creo que podría parecerme pesado e imprudente, al intentar introducirte la tentación de la gloria humana con adulaciones, o al presumir que mi ingenio es igual a tus alabanzas y las de los tuyos. Si, por el contrario, hablo sobre la recomendación del bien de la virginidad, será superflua la insinuación de este propósito, que elegiste desde el primer florecimiento de tu edad sin exhortaciones humanas: y sobre el cual, en sus mismos comienzos, muchos que entonces sobresalían en la Iglesia no guardaron silencio con razón. Pues era muy admirable, y debía contarse entre los principales ejemplos de la gracia divina, que la virgen Anicia, elevada sobre todo el esplendor de la nobleza consular, de cuya fecundidad se esperaba una posteridad que respondiera a los deseos de la familia y de la patria, con el ánimo repentinamente cambiado, declinaste el matrimonio mortal por el deseo de las bodas celestiales, y para consagrar toda tu estirpe también con el título de esta virtud, prometiste ser la primera de tu linaje en ser perpetuamente virgen al Hijo de la virgen. Aquella edad tuya y aquellos comienzos fueron razonablemente incitados por las exhortaciones de hombres muy doctos, y aunque el sumo agricultor proporcionaba a su plantación un crecimiento vigoroso para tu progreso, los cooperadores de la gracia de Dios oportunamente aplicaron un cultivo piadoso, para que el tierno brote recibiera la fortaleza del vigor, y el árbol de tu propósito diera frutos dignos de su nobleza. Pero, ¿qué lugar habrá para nuestras páginas? Y después de los escritos adornadísimos de maestros excelentes, ¿qué utilidad encontrarás en el discurso

que te has dignado indicar, sino tal vez porque tanto las doctrinas de ellos como tus estudios avanzan hacia grados más sublimes de virtudes, te advierto de evitar la altivez, y te encomiendo la sinceridad de la humildad con una fiel sugerencia, para que en todas las acciones en las que te sientes bien consciente nunca te atrevas a estar segura.

CAP. II. Las verdaderas virtudes deben distinguirse de las falsas.---Hablemos, pues, de este bien tan congruente y saludable para ti, que el Señor ha concedido, para que a nuestra inspección no solo se revelen sus aspectos visibles, sino también los ocultos. Pues la cualidad de esta virtud es múltiple, y aunque también es hermosa en sus aspectos exteriores, en sus aspectos internos es mucho más espléndida y luminosa; donde no hay nada oscuro, nada turbio, nada inquieto: porque mucha paz tienen los que aman la ley de Dios, y no hay para ellos tropiezo (Sal. 118, 165). Pero al acercarnos a la contemplación de la bienaventurada humildad, rechacemos toda aquella abyección que deprime a los ánimos cobardes e inconstantes; y que el nombre general no nos excluya del juicio de la discreción, para que no pensemos que todos los humildes son dignos de alabanza. A menudo la necesidad imita la voluntad, y la forma de la pereza difiere poco de la imagen de la modestia. Pero una cosa es lo que pesa, otra lo que ejercita; y no llega al mismo fin el trabajo de la miseria ineludible y la fortaleza deseada de la paciencia. Hay un solo término para la pobreza, pero no una sola mente entre los pobres: porque no es lo mismo alegrarse de las riquezas bien gastadas que lamentarse por no haberlas adquirido o dolerse por haberlas perdido. Tampoco hay distinción en la denominación del temor con el que se teme a Dios; pero una cosa es temer porque has pecado, otra temer para no pecar; y allí hay miedo al castigo, aquí preocupación por la recompensa. Por eso se dice de aquel temor servil que el amor perfecto echa fuera el temor (1 Juan 4, 18); pero de este temor liberal: El temor del Señor es santo, permanece para siempre (Sal. 18, 10). Por lo tanto, eliminada aquella apariencia de humildad que es totalmente infructuosa, ponderemos solo los afectos voluntarios, que aunque se encuentren desiguales en los grados de méritos, no están, sin embargo, en discordia con la misma virtud.

CAP. III. El primer bien de la humildad es preservar el amor y la concordia entre los hombres.---La primera razón de la humildad se encuentra en los deberes de la vida común, por los cuales se concilia la divina clemencia y se conecta la sociedad humana. Pues mucho contribuye a fortalecer el amor cuando, según la doctrina apostólica, los hombres se adelantan unos a otros en honor (Rom. 12, 10), y considerando a los demás superiores, aman servir como súbditos y no saben enorgullecerse como superiores; cuando el pobre no duda en anteponer al rico, y el rico se alegra de igualarse al pobre; cuando los encumbrados no se enorgullecen de la claridad de su linaje, y los pobres no se exaltan por la comunión de la naturaleza; cuando, en fin, no se otorga más a las grandes riquezas que a las buenas costumbres; ni se considera mayor el poder ostentoso de los inicuos que la justicia sin adornos de los rectos. Desde este justo y modesto derecho de concordia, en el que no hay competencia por el grado superior, ni la felicidad propia infla ni la ajena quema, se progresa bellamente y de manera admirable hacia aquella fortaleza de la humildad, que se sitúa fuera de toda dignidad, y prefiere ser apta para recibir injurias que para repelerlas; para que se cumpla lo que dice el Señor: Al que quiera pleitear contigo y quitarte la túnica, déjale también el manto; y al que te obligue a ir una milla, ve con él dos (Mat. 5, 40). También lo que enseña el Apóstol diciendo: ¿Por qué no sufrís más bien la injusticia? ¿Por qué no sufrís más bien el fraude? (1 Cor. 6, 7). Pues tales personas se acercan mucho a la imitación de nuestro Señor y Salvador, quien siendo rico, se hizo pobre (2 Cor. 8, 9); y cuando era maldecido, no maldecía; y al que le golpeaba no amenazaba (1 Ped. 2, 23); y porque había dicho: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian (Mat. 5, 44); para confirmar tal benevolencia con su ejemplo, él mismo oraba por aquellos que lo crucificaban.

CAP. IV. El verdadero humilde desprecia la gloria y las riquezas del mundo.---Quienes comprenden fiel y sabiamente con qué obra han sido salvados y con qué precio han sido redimidos, no quieren ser de los sabios de este mundo, no quieren ser de los fuertes: porque, como dice el Apóstol, Dios eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios; y lo débil del mundo eligió Dios para confundir a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado eligió Dios, y lo que no es, para destruir lo que es; para que ninguna carne se gloríe en su presencia (1 Cor. 1, 27): es decir, para que nadie piense que puede agradar a Dios por la sabiduría del mundo, que es toda carnal, y es destruida con toda su vanidad por la verdadera sabiduría: porque el Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos (Sal. 93, 11). Así que, cuando los discípulos de la verdad huyen de la gloria humana y se apartan del amor de las cosas temporales para saborear las cosas de Dios, no las de los hombres, progresan en los sentidos, no decaen; ni pierden el vigor del corazón, sino que reciben la luz de la inteligencia más excelente; viviendo en este mundo, pero dejando todos los ruidos del mundo, para redimir el tiempo, porque los días son malos (Ef. 5, 16). ¿Y a qué precio se compra más adecuadamente la paz de este tiempo, que devolviendo al mundo todas las riquezas, todas las dignidades y todas las materias de las pasiones, y comprando con un comercio santo y bendito la libertad cristiana, y haciéndose hijos de Dios ricos por la pobreza, fuertes por la paciencia, sublimes por la humildad? No es, como piensan los amantes de este siglo, de corazón torcido o de ánimo perezoso despreciar las riquezas terrenales, despreciar los honores efímeros, ni buscar la gloria donde se alaba al pecador en los deseos de su alma, y quien obra iniquidad es bendecido (Sal. 9, 23). Por lo tanto, si se entiende verdaderamente, este desprecio de las cosas presentes, hacia dónde tiende y qué desea, no se encontrará nada más recto, nada más elevado en tales mentes, que trascienden todas las cosas con deseos sacratísimos, y no aspiran a ninguna criatura, por poderosa y admirable que sea, sino al mismo creador de todas las cosas visibles e invisibles; acercarse a quien es iluminarse, temerle es alegrarse, servirle es reinar.

CAP. V. No solo los pobres, sino también los ricos pueden adornarse con la humildad cristiana.---Pero esta virtud, que desprecia la abundancia y el poder temporal y se esfuerza por la vida eterna por el camino estrecho y arduo, no debe admitir solo a los pobres voluntarios en la comunión de la humildad cristiana; sino excluir de la sociedad de este bien a aquellos que poseen grandes propiedades, magníficos patrimonios y muchas riquezas en este mundo: cuando en el pueblo de Dios siempre ha habido muchos que usaron bien las riquezas, y de ninguna manera se puede decir o pensar que Abraham, Isaac y Jacob, de quienes el Señor se declaró Dios (Éx. 3, 6), carecieron de verdadera humildad porque no eran pobres. O que el santísimo Melquisedec, prefigurando a nuestro Señor y Salvador (Heb. 7, 3), no fue perfectamente humilde porque sobresalía en el sacerdocio y en el reino. O que al bienaventurado Job, de quien Dios pronuncia diciendo: ¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? (Job 2, 3), le faltó esta virtud porque tenía (como está escrito) en su posesión siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas, y una familia muy numerosa; y era este hombre el más grande de todos los orientales (Job 1, 3). Si entonces participó de esta gracia cuando, habiendo perdido todas sus posesiones, también fue privado de toda su familia e hijos, y herido con una llaga maligna desde la planta del pie hasta la coronilla, rascaba su pus con un tiesto, sentado en el estiércol (Job 2, 7), fue luego devuelto a la imagen de la altivez y la tentación cuando, restaurada la salud del cuerpo, se convirtió nuevamente en padre de siete hijos y tres hijas, y fue enriquecido con el doble aumento de toda su sustancia (Job 42, 10, 13). Pero lejos de los ánimos de los fieles esté tan irreligiosa persuasión, que a ninguno de los santos, a quienes Dios otorgó riquezas y honores, se les crea que la opulencia o la dignidad les impidió alcanzar el mérito de la verdadera humildad;

cuando ambas cosas les fueron útiles para el progreso de esta virtud. Aunque toda la vida del hombre es una tentación sobre la tierra (Job 7, 1, según la LXX), y tanto la abundancia como la escasez suelen ser materia de pecado, cuando el rico se enorgullece de su soberbia o el pobre se lanza a la queja, han existido en todo tiempo, y en nuestra época tampoco faltan, tanto buenos pobres como buenos ricos. Y no en vano el bienaventurado apóstol Pablo advierte a Timoteo, diciendo: A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos; que hagan el bien, que se enriquezcan en buenas obras, que sean generosos, que compartan, que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro: para que alcancen la verdadera vida (1 Tim. 6, 17-19). Lo cual, sin duda, se realiza en toda la Iglesia, que está difundida por todo el mundo, y los pobres de Cristo no solo son sostenidos por las facultades de aquellos que, para seguir al Señor más libremente, se despojaron de todas sus posesiones; sino que también las riquezas de aquellos que administran sus posesiones no de otra manera que como bienes de los pobres, y sirven a la utilidad eclesiástica bajo una especie de administración, contribuyen a la misma obra, esforzándose cada uno según la medida de sus fuerzas, para que se proporcionen las cosas necesarias para el sustento y el vestido de la familia de Dios, y al mismo tiempo velando para que en sus casas, bajo un justo y santo gobierno, todos sean sostenidos por la bondad y contenidos por la disciplina: como dice el Apóstol: Si alguno no tiene cuidado de los suyos, y especialmente de los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un infiel (1 Tim. 5, 8).

CAP. VI. Todos los santos hijos de la Iglesia, aunque diferentes en otras cosas, se hacen iguales solo en la humildad.---Así pues, la Iglesia de Dios, que es el cuerpo de Cristo, está tan tejida con una variedad multiforme, que en una sola belleza concurren incluso las cosas que no son iguales, y de todo tipo de hombres, de todo grado de oficios, de toda medida de obras, de toda cualidad de virtudes se hace la inseparable conexión y la indiferente hermosura de toda la edificación, y no falta a la solidez lo que no falta a la porción, y hay tanta paz y tanta concordia que no puede ser sino de todos lo que es también de cada uno, aparece indudablemente que hay una cierta virtud unificadora, por la cual se confederan y armonizan la múltiple unidad de los santos y la hermosa diversidad. Esta virtud es la verdadera humildad, que entre cualesquiera grados de méritos nunca puede ser diferente de sí misma. Pues tanto en la alternancia de los oficios, como en la mansedumbre de la suavidad, y en la elección de la pobreza voluntaria, se encuentra mucha distancia, y uno es mayor o menor que otro en la devoción de su propósito; pero en la verdadera humildad no hay nada dividido, nada que no sea sólido; y por eso, hace a todos sus partícipes uno, porque no admite desigualdad.

CAP. VII. La verdadera humildad consiste en la confesión perfecta e íntegra de la gracia.--- La propiedad de este bien está en la confesión de la gracia de Dios, que se rechaza totalmente si no se acepta totalmente. Pues así como está fuera del número de los fieles y de la suerte de los santos quien en algo disiente de la verdad católica, así se queda fuera de la gracia quien niega algo de su plenitud, como si el hombre necesitara la ayuda de Dios en alguna parte de sus acciones, pero no en otra, y hubiera algún tiempo o algún momento en que no pudiera serle perjudicial si le faltara el Espíritu Santo; quien ciertamente, según la esencia de la verdadera Deidad, está en todas partes entero, y todo lo abarca; pero se entiende que se aleja de aquellos a quienes ha dejado de gobernar. La cesación de su ayuda se toma como ausencia, que insensatamente considera útil quien se alegra de haber obrado más por sí mismo que por Dios en lo que ha hecho bien. Por lo tanto, la gracia de Dios debe confesarse plena y verdaderamente, de cuyo primer don es que se sienta su ayuda. Por eso dice el Apóstol: Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que

sepamos lo que Dios nos ha dado (1 Cor. 2, 12). Por lo tanto, si hay alguien que cree tener algún bien del cual no sea Dios el dador, sino que él mismo sea el autor, es evidente que no tiene el espíritu de Dios, sino del mundo, y se enorgullece de aquella doctrina de la sabiduría mundana, de la cual dice el Señor: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el escriba? ¿Dónde el investigador de este siglo? ¿No ha hecho Dios necia la sabiduría de este mundo? (1 Cor. 1, 19). Según la cual, como dice el Apóstol, algunos habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su insensato corazón se oscureció. Profesando ser sabios, se hicieron necios (Rom. 1, 21). ¿Ves qué retribución se debe a los soberbios, y con qué recompensa se llenan, que si de alguna manera han llegado al conocimiento de la verdad, lo atribuyen a su propia sabiduría, y se glorían de su ingenio natural; como si conocieran a Dios, no por el don de Dios, sino por la facultad de su propio entendimiento? Todos los elementos del mundo, y todas las naturalezas de las criaturas, exigen esto por su misma apariencia, para que las cosas invisibles de Dios, entendidas, se vean por las cosas que son hechas (Rom. 1, 20); y en la belleza del cielo y de la tierra hay ciertas páginas siempre abiertas a los ojos de todos, y que nunca callan a su autor, cuya proclamación imita la doctrina de los maestros y las palabras de las Escrituras. Pero cualquier cosa que sea aquello con lo que se golpean los sentidos exteriores del cuerpo, en el campo del corazón al que se aplica esta cultura, no puede echar raíces ni brotar, a menos que el sumo y verdadero agricultor aplique el poder de su obra, y lleve a un progreso vital lo que ha sido plantado. Pues ya sea la contemplación de las criaturas, ya sea la serie de los volúmenes sagrados, ya sea la ciencia de los que disertan, con sincero y constante testimonio proclame la verdad, ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (1 Cor. 3, 7).

CAP. VIII. La caída de los soberbios es la más grave de todas.---Entre todas las caídas de los hombres, entre todos los pecados cometidos, no hay ninguna más grave que la ruina de los soberbios; especialmente cuando esa misma altivez tiende a la injuria de Dios. Pues de una manera se envanecen aquellos que, por el deseo de una singular elevación, buscan ser preferidos a todos; de otra manera se hinchan aquellos que, rechazando la ayuda de Dios, intentan realizar por su propia virtud lo que no puede hacerse sin la obra de Él, y apartan su esperanza del Señor y la trasladan a sí mismos: para que se cumpla en ellos lo que está escrito: Maldito el hombre que confía en el hombre, y hace de la carne su brazo, y cuyo corazón se aparta del Señor (Jer. XVII, 5). Esta soberbia tuvo su origen en el diablo: quien, complaciéndose en el poder y dignidad que había recibido de su Creador, se comparó con la gloria de su autor, y con los ángeles que había arrastrado al consenso de su impiedad, fue arrojado de la celestial humildad. Y por eso pudo dañar a los primeros hombres, porque a ellos, crédulos de mala fe, les persuadió con mentiras venenosas para que pensarán que serían mejores si se lanzaban a la libertad de su propio albedrío, que si permanecían en la custodia de la ley dada.

CAP. IX. La soberbia, por la cual alguien quiere ser el autor de sus propios bienes, es el principio de todo pecado.---Ya sea en la caída del diablo, ya sea en la transgresión del hombre, el principio del pecado es la soberbia, que congruentemente también se llama avaricia, porque ambos términos significan ese apetito que desea exceder su medida y no se digna ser rico sino con lo propio: como si tuviera esto en común con Dios, ser él mismo la fuente y la abundancia de sus bienes. Esta elevación nace del uso perverso de los dones de Dios. Pues si el creador de las naturalezas no hubiera conferido ninguna belleza, ninguna sublimidad a las naturalezas racionales, no tendrían de qué enorgullecerse. Nadie se enorgullece de lo que no ha recibido, ni puede alguien inflarse de lo que está ajeno a su

participación. Nunca se gloria de la sobriedad el borracho, ni de la benevolencia el envidioso, ni de la mansedumbre el cruel, ni se exalta en la castidad el impúdico. Los vicios se separan de las virtudes, y cuando se actúa en los pecados, no se aman como propios por naturaleza, sino concebidos por mala voluntad: porque, como está escrito, el mentiroso habla de lo propio (Juan VIII, 44). Pero cuando se lleva una vida loable en actos buenos y rectos, es de Dios lo que se hace, es de Dios lo que se ama. Porque todo don perfecto y todo regalo perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces (Jac. I, 17). Por lo tanto, como entre los vicios o no hay jactancia o es rara, y fácilmente se desprecia al que se gloria de la deshonra, el mal de la soberbia debe ser especialmente evitado por las virtudes, porque no acecha más oportunamente a nadie que a aquellos a quienes se debe una justa alabanza.

CAP. X. La soberbia y la herejía pelagiana nacen de las buenas obras; así como también los restos de los pelagianos.---Cuando, por la inefable misericordia de Dios, se restaura la libertad a los cautivos, la salvación a los perdidos, la vida a los muertos, cuando en el sacramento de la cruz y resurrección de Cristo la antigüedad regresa a la novedad, y la impiedad se regenera a la inocencia, el antiguo enemigo ruge con más malicia y arde con más intensidad, y mientras se esfuerza por derribar al género humano con innumerables artes de daño, sembrando discordias, incitando iras, agudizando codicias, sugiriendo cosas vergonzosas, inventando falsedades y multiplicando las trampas de los errores a través de las opiniones, se irrita más por la virtud de los que permanecen firmes que se alegra por la fragilidad de los que caen. Muchos, sirviendo a Dios y meditando en su ley día y noche, han crucificado su carne con sus deseos y concupiscencias, han dominado los incentivos de todas las seducciones; no vencidos por las pérdidas, no quebrantados por las persecuciones, no corrompidos por las prosperidades, no amaron al mundo que los complacía, ni temieron al que los aterrorizaba. ¿Con qué ataque podría el diablo abordar tal firmeza y propósito tan sublime, sino persuadiendo a aquellos a quienes no pudo inducir al amor de los vicios, a la codicia de la alabanza; y así se preparó la última tentación, de donde surgió el primer engaño? No fue, por tanto, a los perezosos y tibios, ni a los inertes e incultos, sino más bien a ciertas almas diligentes y brillantes en la probidad de sus buenas acciones, que se infiltró la gloria humana; y a quienes no movió con el impulso, los derribó con la altivez. Cuanto más brillantes eran en méritos, más aptos los encontró para sus insidias. Establecidos en el paraíso de la Iglesia, y abundantes en las delicias de las virtudes, los incitó a la confianza del libre albedrío, para que establecieran sus progresos en sí mismos, y extendieran la mano de la presunción al árbol de su propia voluntad. Resistieron a esta impiedad innumerables corazones rectos de santos, y no solo los doctos pontífices, sino también las plebes universales de la Iglesia, siguiendo el ejemplo de la sede apostólica, aborrecieron la locura del nuevo dogma. Pero algunos encontraron consejos viperinos, con los cuales infundir el veneno de su doctrina, y armar la lengua de algunos con los engaños de una falsa razón. De ahí surgió aquella fraudulenta alabanza de la naturaleza humana, y la defensa de la dignidad original intacta en todos los hombres; de ahí se afirmaba que el pecado de Adán había perjudicado a sus descendientes por el ejemplo, no por la transmisión; y que así como a él le fue posible no violar el mandato, así era libre para cada uno evitar el delito; de ahí la anulación del bautismo de los niños, que se decía que eran donados solo por adopción, pero no absueltos de ninguna culpa; de ahí, finalmente, la confesión simulada e insincera de la gracia divina, que se otorgaba según los méritos, no de la cual nacían los méritos. Algunos, aunque rechazaban el resto, se guardaron esta parte de la soberbia predicación. Pero no cabe duda de que lo hicieron o muy ignorantemente o con gran malicia, al elevar la ruina general de todos los hombres con el privilegio de los méritos; y mientras entre los nuestros confesaban las heridas del pecado original, entre los suyos mostraban que sostenían que la transgresión de los primeros hombres solo había perjudicado a sus imitadores; pero que la

facultad natural no había perdido nada de sí misma en el pecado ajeno, a la cual le era posible y libre merecer la largueza de la gracia por la devoción voluntaria.

CAP. XI. Todos nacen en pecado, ajenos a la salvación, a menos que renazcan en Cristo.--- Pero esta parte del dogma condenado es fácilmente comprendida y justamente detestada por las mentes católicas. Pues el Señor Jesús dice: No necesitan médico los sanos, sino los enfermos; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores (Luc. V, 31): estos son convencidos de clamar en su soberbia incluso sin voz: Estamos sanos, no necesitamos médico; ¿qué auxilios de la gracia debemos esperar, si tenemos fuerzas de la integridad de la naturaleza? No en vano Juan proclama y dice: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Juan I, 29). Ni en vano está escrito: Nadie es puro de mancha, ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job XIV, 4, según los LXX); y: ¿Quién podrá hacer puro al que ha sido concebido de semilla impura? ¿No eres tú el único? (Ibid. según la Vulg.). Por lo cual, así como ahora en la Iglesia permanece la constitución del Salvador que dice: A menos que uno nazca de agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos (Juan III, 5); así era sagradamente prevenido en la ley que el niño nacido, a menos que fuera circuncidado al octavo día, su alma sería exterminada de su pueblo (Gen. XVII, 14), no teniendo ninguna participación en la herencia de Israel. Todo esto, y muchos más documentos, el Espíritu Santo no los habría insertado en las sagradas páginas con tanto cuidado, si la naturaleza en los hijos de Adán fuera tal como fue instituida principalmente en él. Pero porque el Hijo de Dios vino para deshacer las obras del diablo (I Juan III, 8), y para buscar y salvar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10), es manifiesto que todos en Adán están sujetos a la condenación al nacer, a menos que sean liberados en Cristo renaciendo. Por lo tanto, debemos considerar atentamente qué se realiza en el mismo don de la regeneración. Aunque todas las partes del mismo misterio concurren a uno, sin embargo, una cosa es lo que se realiza visiblemente, otra lo que se celebra invisiblemente; y no es lo mismo en el sacramento la forma que la virtud, ya que la forma del ministerio humano se aplica al servicio, pero la virtud se otorga por el efecto de la obra divina; a cuya potencia debe referirse que mientras el hombre exterior se lava, el interior se transforma; y se hace una nueva criatura de la vieja, los vasos de ira se transfieren a vasos de misericordia, y la carne del pecado se convierte en el cuerpo de Cristo; de impíos se hacen justos, de cautivos libres, de hijos de los hombres se hacen hijos de Dios, que no nacen de sangre, ni de voluntad de hombre, ni de voluntad de carne, sino de Dios (Juan I, 13). Lo cual, porque lo hemos recibido sin duda, es muy cierto lo que enseña el Apóstol, diciendo: Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Rom. VIII, 14). Por lo tanto, vean de quién quieren ser considerados hijos, aquellos que han definido que todos los hombres son gobernados por su propia voluntad, cuando el mismo Apóstol protesta y dice: El que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él (Rom. VIII, 9).

CAP. XII. Solo en Dios se debe gloriarse, de quien es toda virtud, gloria y sabiduría.--- Refutada, por tanto, la impía vanidad de los soberbios, en quienes incluso aquellas cosas que parecen dignas de alabanza se convierten en pecado, elijamos aquella humildad en la que Dios es virtud y gloria, sabiendo que el profeta David cantó de los santos: Señor, en la luz de tu rostro caminarán, y en tu nombre se regocijarán todo el día, y en tu justicia se exaltarán: porque tú eres la gloria de su poder (Sal. LXXXVIII, 17). Quien también en otro lugar confiesa piadosamente que el Señor debe ser alabado en sus santos, diciendo: Admirable es Dios en sus santos: el Dios de Israel es quien da poder y fortaleza a su pueblo (Sal. LXVII, 36). A esto también concuerda Jeremías y dice: Así dice el Señor: No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni se gloríe el fuerte en su fortaleza, ni se gloríe el rico en sus riquezas; sino en esto gloriarse el que se gloria, en entender y conocer que yo soy el Señor (Jerem. IX, 23, 24). El

mismo entendimiento y conocimiento de dónde se obtienen, lo revelan los Proverbios de Salomón, y dicen: Porque el Señor da sabiduría, y de su rostro provienen el conocimiento y el entendimiento (Prov. XI, 6). Y en el libro del Eclesiastés leemos que tanto los corazones como las obras de los justos están en la mano de Dios, y que progresan en sus estudios tanto como Él los ha adelantado. Por mucho que, dice, el hombre se esfuerce en buscar, no encontrará. Y lo que diga el sabio para saber, no puede encontrar, porque todo esto vio mi corazón, que los justos y los sabios, y sus obras están en la mano de Dios (Eccle. VIII, 17; IX, 1). Tal es lo que predica el Apóstol, diciendo que toda palabra buena y toda obra santa es un don del Espíritu Santo, sin el cual nada se hace correctamente. Por eso, dice, os hago saber que nadie hablando en el Espíritu de Dios dice anatema a Jesús, y nadie puede decir, Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo. Hay divisiones de dones, pero el mismo Espíritu; y hay divisiones de ministerios, pero el mismo Señor; y hay divisiones de operaciones, pero el mismo Dios que opera todo en todos. A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para provecho. A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de conocimiento según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu; a otro operación de milagros, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus, a otro diversos géneros de lenguas, a otro interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno según su voluntad (I Cor. XII, 3).

CAP. XIII. Sin la ayuda de Cristo operando en nosotros, no hacemos nada bueno; ni se quita así el libre albedrío, sino que se ayuda.---Hay también innumerables testimonios que, de las páginas del Nuevo y del Antiguo Testamento, confirman con una especie de clamor que esta es la dignidad más excelente de la verdadera humildad, que todo lo que hace al hombre cristiano se refiere al don de la gracia divina. Pero reunir tal multitud de sentencias en uno sería excesivo, especialmente cuando mi discurso es para tu santidad, a quien, por la fórmula de lo que hemos recordado, todo se ofrecerá ya sea recordando o leyendo, aunque algunas incluso muy breves son de tal plenitud y virtud, que ningún ingenio del adversario puede torcerlas a otro sentido. Pues, ¿qué contradicción puede admitirse en lo que la misma Verdad se narra que dijo a sus discípulos por el Evangelio de Juan: Como el sarmiento, dice, no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 4, 5). ¿No se convence al sarmiento altivo de que queda vacío de toda fertilidad, si no se alimenta de la abundancia de la vid? ¿Quién puede, sin la ayuda de la gracia, llevar fruto de justicia, o quién se atreve a decir que no se separa de Cristo, quien niega que Cristo opere en él? ¿O acaso se teme que parezca que quitamos el libre albedrío, cuando decimos que todo por lo que Dios se propicia se refiere a Él? Lo cual de ninguna manera es consecuente, como se muestra con la luz de la verdad: pues el libre albedrío es ayudado por la operación del Espíritu de Dios, no quitado: y la gracia hace que la voluntad, corrompida por el pecado, embriagada de vanidades, rodeada de seducciones, impedida por dificultades, no permanezca en sus languideces, sino que, curada por la ayuda del médico misericordioso, recobre fuerzas, y se regocije de haber sido enseñada sin preguntar, y de haber sido buscada sin buscar, porque se cumple diariamente lo que el profeta Isaías predijo: A quienes no se les anunció de él, verán; y los que no oyeron, entenderán (Isa. LII, 15). ¿Cómo se hace esto? Juan lo enseña diciendo: Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno; y sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al verdadero Dios, y estamos en su verdadero Hijo (Juan V, 19, 20). Lo cual, sin duda, el Señor también opera ahora con la misma potencia, quien dice: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII, 20).

CAP. XIV. En nada la operación de la gracia es precedida por la voluntad humana.---Para que busquemos la misericordia de Dios, es misericordia de Dios quien dice: Tendré misericordia de quien tendré misericordia, y mostraré misericordia a quien mostraré misericordia (Rom. IX, 15). Por lo cual, maravillosamente el mismo Señor manifiesta por Jeremías que nadie precede con su mérito a la gracia de Dios, sino que por el amor con que Dios ama incluso a los que se apartan, son atraídos a la misericordia. Con amor eterno te he amado: por eso te atraje a la misericordia, porque te edificaré, y serás edificada, virgen de Israel (Jerem. XXXI, 3). A esta sentencia también concuerda el apóstol Juan diciendo: No porque nosotros hayamos amado a Dios, sino porque él nos amó; y más adelante: Amemos, pues, porque Dios nos amó primero (I Juan IV, 10, 19). También el apóstol Pablo está en la misma sentencia, diciendo en la Epístola a Timoteo II: Colabora en el Evangelio según el poder de Dios que nos salvó y nos llamó con vocación santa, no según nuestras obras, sino según su propósito y gracia, que nos fue dada antes de los tiempos eternos (II Tim. II, 8, 9). También escribiendo a Tito, enseña que la gracia de Dios no es precedida por ningún mérito bueno del hombre. Éramos, dice, también nosotros insensatos en otro tiempo, incrédulos, errantes, sirviendo a deseos y placeres diversos, viviendo en malicia y envidia, odiosos, odiándonos unos a otros. Pero cuando apareció la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino según su misericordia nos salvó, por el lavamiento de la regeneración del Espíritu Santo que derramó abundantemente sobre nosotros por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, seamos herederos según la esperanza de la vida eterna (Tit. III, 3-7). Por lo tanto, todo movimiento piadoso de las mentes iluminadas no puede ser ajeno a la propia voluntad del hombre, ya que nada hará correctamente si no lo hace voluntariamente; pero para que la intención del alma se dirija a lo que es justo y útil, se concibe por la inspiración de aquella voluntad eterna e inmutable. Y así como por el arte del médico se hace en los ojos nublados, para que puedan ver lo que no ven, sin embargo, la visión que la medicina ha conferido no deja de ser suya, así en los corazones lentos y torpes, por el Espíritu Santo, se limpia la vista obstruida, y de la verdadera luz las lámparas oscuras y ya desfallecientes reciben luz; sin embargo, no dejará de ser de ellas cualquier resplandor que hayan recibido. Por eso dice el Señor: Fuego he venido a traer a la tierra; y ¿qué quiero sino que arda? (Luc. XII, 49). Y el mismo manda que nuestras lámparas estén siempre encendidas, para que el alma encendida con el fuego celestial no se enfríe, sino que se esfuerce siempre por arder; y si alguna adversidad perturba su vigor, pida ser encendida de donde comenzó a inflamarse.

CAP. XV. Por eso se da el mandamiento para que se busque la ayuda del que manda, a quien el hombre coopera obedeciendo.---Por consiguiente, ya que la doctrina profética, evangélica y apostólica manifiestamente no quiere que seamos soberbios, ni que seamos colaboradores perezosos de la gracia de Dios, debemos seguirla vigilante y sobriamente, ya que nos despierta, ayuda, enriquece y nos lleva adelante cada día, sin cesar nunca de dar gracias, porque entre los éxitos y adversidades de esta vida, en los que siempre somos golpeados por una doble tentación, si progresamos, de allí nos alimentamos; si nos mantenemos firmes, de allí subsistimos; si caemos, de allí somos restaurados. Pues el Espíritu dice por el profeta David: "Por el Señor son dirigidos los pasos del hombre, y Él aprueba su camino. Cuando caiga, no quedará postrado, porque el Señor sostiene su mano." No se manda en vano, por tanto, que seamos buenos, cuando se dice: "Apártate del mal y haz el bien" (Salmo 36, 23-24, 27). Tampoco es en vano que el Señor diga por Jeremías: "Pondré mi temor en su corazón, y los visitaré para hacerlos buenos" (Jeremías 32, 40-41). Ni era superflua la instrucción del apóstol Pablo a los Romanos diciendo: "No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien" (Romanos 12, 21); cuando dice a los Corintios: "Oramos a Dios para que no hagáis

nada malo" (2 Corintios 13, 7). En todas las advertencias y mandamientos de Dios hay una misma razón de la gracia divina y de la obediencia humana; y nunca se da un mandamiento sino para que se busque la ayuda del que manda. Las voces de los que enseñan y las letras de las páginas que sirven a Dios para la instrucción de los oyentes o lectores, no carecen de la virtud de Aquel a quien sirven; y cuando lo que se manda se cumple obedientemente, entonces se declara el efecto de la obra divina.

CAP. XVI. Cuán cuidadosamente debe evitarse la soberbia en las buenas obras, que todo lo corrompe.---Las insidias del tentador están vigilantes, para que donde progresa la devoción, se infiltre la soberbia, y para que el hombre se gloríe de su buena obra en sí mismo más que en el Señor. Pero la advertencia del Apóstol nos aconseja contra este peligro diciendo: "Con temor y temblor trabajad en vuestra salvación. Porque Dios es quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filipenses 2, 12-13). Cuanto más excelente es el progreso en los mandamientos de Dios, tanto mayores son las causas de temor y temblor: no sea que la mente, consciente de sus propios aumentos de probidad y ávida de alabanza, sea arrastrada al exceso de la soberbia, y se vuelva impura por la vanidad, mientras se cree clara por la virtud. Pero contra este peligro, escuchemos lo que predica el bienaventurado Pedro en su primera Epístola: "Si alguno habla, hable como oráculos de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da: para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenece la gloria y el imperio por los siglos" (1 Pedro 4, 11). En la segunda Epístola dice: "Gracia y paz os sean multiplicadas en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, quien nos ha dado todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, por su divina virtud, por el conocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y virtud; por las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas: para que por ellas seáis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia" (2 Pedro 1, 2-4). Si, pues, todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por Dios con su divina virtud, nada debe evitarse más que el apetito de esta concupiscencia, que niega la virtud de la obra divina, por amor a la propia dignidad; y mientras otras codicias disminuyen solo los bienes a los que se oponen, esta, al atraer todo hacia sí, corrompe todo a la vez. Por tanto, ya que el nombre general de toda soberbia es odioso, ya sea que se infle por su propio honor, nobleza o riquezas desmedidas, esta parte de ella se encuentra más nociva que todas las tentaciones, que parece ser amiga de las virtudes que desea perder. Pero porque las cosas más sublimes caen más gravemente, el príncipe de la soberbia se alegra de que aquellos a quienes ha podido derribar con su impulso hayan crecido a alturas mayores.

CAP. XVII. Por la humildad el hombre se somete y se une verdaderamente a Dios.---A este mal se opone el bien firmísimo de la humildad. La llamamos verdadera porque es la inexpugnable fortaleza de todas las virtudes, y una especie de vida de sus miembros. La distinguimos de aquellos oficios que puede tener en común incluso con los sabios del mundo, y definimos su propiedad en que se somete a Dios en todo. No puede perder nada de sus méritos, cuyas causas y progresos no establece en sí misma, sino en su autor. Es digno que la imagen de Dios resplandezca para Dios, y de allí sea hermosa, de allí esté adornada, diciendo: "La luz de tu rostro, Señor, ha sido impresa sobre nosotros" (Salmo 4, 7); de lo contrario, es adúltera y ajena al divino matrimonio, si muestra en el espejo de su corazón la belleza de cualquier otro, o se complace en adornarse con otros ornamentos que no sean los que ha recibido de los tesoros del esposo por el empeño del Espíritu Santo.

CAP. XVIII. Demetria necesita más humildad, debido a la pureza de su virginidad y al esplendor de su familia.---Si cualquier alma cristiana debe ser fortalecida con la solidez de esta continencia, porque todos han recibido el sacramento nupcial en cualquier orden de su

vocación, cuánto más debe ser armada la dignidad de tu persona con la protección de esta virtud, a quien de los opulentos dones de la gracia de Dios se ofrece tan múltiple materia de gloria. Aunque la virginidad es común contigo y con muchas vírgenes, no se encuentra fácilmente quien pueda compararse contigo en magnificencia de casa y esplendor de una familia antiquísima. De las cuales, para que no te enorgullezcas, ni te atribuyas a ti misma el hecho de haberles antepuesto a Cristo, eso mismo es la verdadera humildad, la verdadera caridad, la verdadera virginidad. Pues la mente está libre de toda contaminación, que ya sea en sí misma, ya sea en el prójimo, no ama nada que no dude que es de Dios. Porque amar algo que no es de la obra y espíritu de Dios, no es un amor casto, y basta al tentador haber violado las almas sublimes y claras con esta ilusión, para que aquellas a las que no impulsó a lo ilícito, las haya derribado a la soberbia de complacerse en sí mismas.

CAP. XIX. Sin caridad, que no busca lo suyo, nada aprovecha.---De esta caridad sin duda hablaba el Apóstol, y destilaba su propiedad con las más sutiles distinciones diciendo: "Si hablo lenguas humanas y angélicas, pero no tengo caridad, soy como un bronce que resuena o un címbalo que retiñe. Y si tengo profecía, y entiendo todos los misterios y toda la ciencia, y si tengo toda la fe, de tal manera que traslade montañas, pero no tengo caridad, nada soy. Y si distribuyo todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve" (1 Corintios 13, 1-3). En la fórmula de estas definiciones trabajaríamos mucho en lo oscuro, si lo que sigue no mostrara cuál es la especie de esta caridad, a la que sola no se perderían tantos trabajos de obras, tantos méritos de virtudes. Supongamos que la múltiple pericia de hablar, que no solo ha llegado a todo arte de la elocuencia humana, sino también a la facultad del discurso angélico, si carece de caridad, es comparable al sonido inútil del bronce y al retintín de los címbalos: supongamos que teniendo profecía y ciencia, teniendo fe que manda a los demonios, nada es, porque carece de caridad; pero que incluso aquel pueda estar ajeno a ella, que distribuye sus bienes para el sustento de los pobres, o que entrega su cuerpo para ser quemado por la confesión de Cristo, parecería increíble, si el bienaventurado Pablo no lo dijera. Sin embargo, cuando describía los miembros de la misma caridad, y enseñaba cuál es esta virtud, sin la cual ninguna virtud puede aprovechar: "La caridad", dice, "es paciente, es benigna; la caridad no tiene envidia, no obra con soberbia, no se envanece, no es ambiciosa, no busca lo suyo" (1 Corintios 13, 4-5), y lo demás.

CAP. XX. La vana gloria del propio mérito es más nociva que cualquier pecado.---La inflación, por tanto, y la ambición, y la defensa soberbia de los propios bienes pueden destruir las limosnas, pueden vaciar los martirios; si alguien derrama grandes riquezas por amor a la alabanza humana, y soporta crueles suplicios, no con la fortaleza que Dios da, sino con la que presume de sí mismo. Esto es, en efecto, inflarse con la propia confianza, esto es ambicionar la vana gloria con cualquier gasto, esto es finalmente no querer tener lo que es de Dios, y establecer allí su propio mérito, donde ha cesado la ayuda divina. Esta soberbia es más nociva que cualquier pecado, más insana que cualquier género de elevación. Porque de cualquier caída de delitos se levanta fácilmente, cuando el caído pide ayuda a su reparador. Pero a esta ruina nada socorre, porque o el soberbio difícilmente reconoce su pecado, o incluso si lo entiende, no corre al médico, sino que se promete a sí mismo el remedio; y nunca progresa la cura allí donde la enfermedad es la misma medicina.

CAP. XXI. El veneno de la soberbia solo se excluye con la humildad y la caridad, que se abrazan mutuamente.---Este estado corruptísimo de esta pestilencia lo excluye el espíritu de verdadera humildad y verdadera caridad; en nada se dividen estas virtudes entre sí, y la conexión de ambas es tan indiscreta, que quien se edifica en una de ellas, posee ambas a la vez. Porque así como la humildad es parte de la caridad, así la caridad es parte de la

humildad. Y si recordamos aquellas cosas que el Apóstol definió que son infructuosas sin el bien de la caridad, encontraremos que tienen una calidad similar, si les falta la verdadera humildad. Porque, ¿qué fruto tendrá la ciencia con inflación, o la fe con gloria humana, o la generosidad con jactancia, o el martirio con elevación? Por lo tanto, ya que tanto la humildad como la caridad tienden a la destrucción de la soberbia, de ambas se puede decir lo que se ha discutido de una.

CAP. XXII. No hay nada bueno en nosotros cuando ni siquiera la oración recta.---Resta ahora, santísima virgen de Dios, que examines con juicio sobrio y casto los secretos de tu santo corazón, y, habiendo roto el agujón de toda elevación, investigues en ti y enumeres qué y cuán grandes dones te ha concedido tu esposo; los cuales no me correspondía enumerar, para no extenderme demasiado o pasar por alto algunos. Pues incluso la verdadera alabanza sería onerosa para tu modestia, y yo mismo actuaría contra mi propia discusión, si a quien he aconsejado la continencia de la gloria humana, te incitara a la misma con tus elogios. Entra, pues, en el palacio de tu mente: y en el santuario de tu purísima conciencia, observa qué ornamentos tienes guardados: y no dudes que todo lo que encuentres allí espléndido, hermoso y precioso, es obra y don divino, de modo que en todos los bienes de tu opulencia, reconozcas tanto la gracia del donante como el derecho de propiedad. Porque has recibido lo que tienes, y todo lo que te ha aumentado por la diligencia de tu trabajo, te ha sido aumentado por aquel por quien fue comenzado. Por tanto, debes usar lo que Dios ha concedido: y siempre debes pedirle que uses fiel y sabiamente sus dones. Porque, ¿qué bien puede haber en nosotros sin Él; cuando incluso para orar correctamente, es de Él, como dice el Apóstol: "Porque no sabemos qué hemos de pedir como conviene; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, porque conforme a Dios intercede por los santos" (Romanos 8, 26-27). Y para que no haya duda de qué espíritu hablaba, ya había dicho antes: "Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba, Padre. Así que el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios, y coherederos con Cristo: si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados" (Romanos 8, 15-17).

CAP. XXIII. Todo afecto, pensamiento y discurso recto nuestro es de Dios.---El Espíritu Santo llena, pues, su instrumento, y como los dedos de las cuerdas, el dedo de Dios toca los corazones de los santos. Por eso, cuando el día de Pentecostés influyó en los apóstoles y en el pueblo creyente, como había sido prometido por el Señor, apareció en forma de lenguas de fuego, y les hizo hablar en las lenguas de todas las naciones sobre las que se posó; para que no hubiera duda de que por su inspiración, se ministra un afecto útil, un discurso razonable a las almas de los fieles; como el mismo Señor insinuó a sus discípulos y dijo: "Pero cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué habéis de hablar: porque en aquella hora se os dará qué habéis de hablar; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mateo 10, 19). Lo cual no debemos creer que solo sucede en tiempo de grandes tribulaciones, sino que también se concede en paz, escuchemos al Apóstol definiendo que incluso nuestros pensamientos, a menos que sean infundidos por Dios, no pueden ser rectos. "Tenemos tal confianza por Cristo hacia Dios; no que seamos suficientes para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia es de Dios" (2 Corintios 3, 4-5).

CAP. XXIV. Todo lo que los santos tienen de virtud y caridad en esta vida, lo tienen de Dios: porque también en el cielo todo lo que tendrán, será de Él; de Él la porción de quien será la plenitud.---Por lo tanto, ya que en las almas de los santos la meditación útil, la petición justa,

la acción eficaz son de Dios, de Dios es la firmeza en la fe, la paciencia en la tribulación, la victoria en la persecución, grande es la felicidad en la verdadera humildad, a quien Dios es amor, Dios es sabiduría, Dios es consejo, Dios es fortaleza. Y sin duda esta sujeción ya está en gran parte constituida en la participación de aquella futura bienaventuranza, donde "Dios será todo en todos" (1 Corintios 15, 28); lo cual no puede obtenerse plenamente en esta vida, porque aún no ha revestido nuestra mortalidad de inmortalidad, ni la corrupción ha pasado a incorruptibilidad; la carne aún codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; y no se encuentra en ningún hombre tal concordia, que la ley de la mente no se oponga a la ley que está en los miembros. Por lo cual se toma de la persona de todos los santos lo que dice el apóstol Juan: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1, 8). Aunque el mismo dice: "El que ha nacido de Dios no comete pecado: porque su simiente permanece en él, y no puede pecar, porque ha nacido de Dios" (1 Juan 3, 9). Ambas cosas, por tanto, son verdaderas, porque nadie está sin pecado, en cuanto que nadie está sin la ley del pecado; y el que ha nacido de Dios, no comete pecado: porque por la ley de la mente, es decir, por la caridad que es la simiente de Dios, no comete pecado. Porque "la caridad cubre multitud de pecados" (1 Pedro 4, 8); y sin ella ningún bien aprovecha, por la cual se borra todo pecado. Mientras, pues, "el cuerpo que se corrompe, pesa sobre el alma, y la morada terrena oprime al sentido que piensa en muchas cosas" (Sabiduría 9, 15), no se obtiene aún que Dios sea todo en todos, porque nadie está sin el aguijón de la tentación y sin la incertidumbre de la mutabilidad: pero porque "toda dádiva buena y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces" (Santiago 1, 17), sin duda de allí se tiene la porción de todas las virtudes, de donde se tendrá la plenitud; y tanto más feliz es cada uno, y más unido a Dios, cuanto más en él hay de la gracia divina que de la acción humana. Bendice, pues, al Señor en todo tiempo, y su alabanza esté siempre en tu boca (Salmo 33, 1); pero tu alma no se complazca sino en ser alabada en el Señor. Los soberbios ciertamente se opondrán, pero los mansos oirán esto y se alegrarán (Ibid., 3).